

gos: *Magnificavit eum in timore inimicorum et in verbis suis monstra placavit.* Esto formará el objeto de vuestra atención en mi

SEGUNDA REFLEXION.

Los enemigos de las instituciones monásticas, han mirado siempre á los que, huyendo de la corrupcion del siglo se han retirado á la soledad, como unos hombres perezosos, egoístas, indolentes, amigos del reposo y de la comodidad. Su existencia les ha parecido inútil y aun pernicioso á la sociedad. Mas de una vez hemos oído preguntar en tono irónico y altamente despreciativo: ¿De qué sirven esos hombres? ¿Qué beneficios reporta de ellos la humanidad? Y aún la iglesia misma, ¿qué les debe? ¿Cuáles son sus servicios? Oh! cuán bella ocasion seria esta, amados oyentes, de vindicar á la faz del mundo estos institutos sagrados, si la índole del presente discurso lo permitiese! Pero no es una apología lo que vengo á hacer en este día; es un elogio de un santo. Sin embargo, él solo me basta para llenar mis deseos. Antonio es una apología viva y sensible de las órdenes religiosas, y el monumento mas auténtico de lo que á estas debe la fe, la iglesia y la sociedad. El patriarca de los monjes hará ver si las acusaciones de sus émulos son dictadas por la justicia, ó mas bien por la prevención, el odio y la parcialidad.

Ya hemos dicho que á la época en que Antonio se retiró al desierto, ardía crudamente la guerra contra los cristianos en todas las ciudades sujetas al imperio romano. Alejandría se vió llena de ilustres confesores de Jesucristo, conducidos por el furor de los césares y de los procónsules en odio de la fe, para sufrir los tormentos mas exquisitos, y sellar con su sangre el testimonio de su constancia. Juzgárase tal vez que nuestro ilustre héroe, medroso y cobarde, hubiese buscado un asilo en la soledad contra la persecucion. Mas no, deseoso por el contrario de dar pruebas de su adhesión firme por la fe, y á ley de apologista y defensor acérrimo de la religion que profesaba, no se contenta con llorar como el profeta de Morastí las desgracias de Jerusalem y la ruina de Sion. Revestido del espíritu de fortaleza, y ardiendo en zelo por la gloria de su Dios, dirígese á sus hermanos como otro Matatías, y les dice: « Todo el que

tenga zelo por la ley, y quiera permanecer firme en la alianza, sígame » (1); y diciendo, abandona el reposo de la soledad y parte con la velocidad del rayo hácia la ciudad, acaudillando una tropa de virtuosos solitarios decididos á consagrarse al servicio de los confesores de Jesucristo, y á sacrificarse ante las aras de la religion. Viérais á nuestro héroe introducirse en las prisiones, correr á las minas, presentarse en los tribunales, y acompañar á los mártires hasta el suplicio. Viéraisle exhortar á los unos, alentar á los otros, consolar á estos, reanimar á aquellos y constituirse el defensor de todos, sin temor de los tiranos que inútilmente intentarían estorbarle. Expida en buen hora edictos el gobernador, fulmine amenazas, prepare suplicios contra Antonio y sus monjes, si no salen incontinenti de la ciudad. El decidido apologista de la fe no teme los tormentos, desprecia las amenazas, suspira ántes bien por el martirio, y en su consecuencia, léjos de huir, se vuelve á presentar de nuevo ante el mismo gobernador, entabla una defensa heróica en favor de los cristianos, y no descansa un solo instante hasta haber dado cima á su mision. Entónces satisfecho de sus buenos deseos, si bien lleno de sentimiento por no haber participado de la dicha de los mártires, vuelve al desierto á apacentar su grey con los saludables pastos de la virtud.

No duró largo tiempo su reposo. El clarín de la fe volvió á resonar en sus oídos. Las necesidades de la iglesia le llamaron con urgencia á Alejandría. Su presencia en circunstancias azarosas no podia ménos de ser extremadamente útil y aún necesaria. En efecto, no bien comenzaba á respirar el cristianismo, libre ya de las persecuciones sangrientas que por espacio de tres siglos habia experimentado; apénas el gran Constantino expidiera aquel edicto que afianzaba la paz apetecida á los discípulos del Crucificado, y diera con su conversion una existencia legal á la religion católica, cuando aparecen nuevos enemigos que intentan turbar su reposo y sumirla en nuevas y mas terribles desgracias. Arrio, hombre procaz, simulado y maligno, sembraba en el seno del oriente el gérmen de un error cuyas consecuencias amenazaban ser las mas funestas. La consustancialidad del Verbo con su eterno Padre se miraba impiamente negada por aquel protervo heresiarca. En vano se reúnen concilios compuestos de los obispos de Egipto, de la Te-

(1) *I. Mac. c. 2. v. 27.*

baida y de la Libia, en donde se le condena unánimemente; en vano se levanta contra él la voz de los Padres congregados en Alejandría; en vano se convoca una asamblea general en Nicea, compuesta de trescientos diez y ocho prelados, muchos de los cuales conservaban en sus cuerpos las nobles cicatrices de los tormentos sufridos por la fe en las últimas persecuciones. Arrio, apadrinado por hombres influyentes y poderosos, consigue sorprender la credulidad de Constantino y usurpar la silla episcopal de Alejandría. Entónces fué cuando el ilustre solitario Antonio se presenta á la liza con mas brío que nunca, y á pesar de su edad avanzada hace esfuerzos de valor que inmortalizan su nombre y su fe. Escribe al emperador en favor del legítimo pastor san Atanasio, y sus palabras llenas de fuego, de unción y de una fuerza sobrehumana, consiguen al fin que triunfe la inocencia de este, y sea arrancada la máscara hipócrita con que se encubrieran los sectarios del impío heresiarca. Renuévanse por los eusebianos los desórdenes, acreciéntase la persecucion contra los verdaderos católicos, y Antonio á su vez redobra su celo, y ni un solo momento cesa de combatir por la verdad. ¿Sabe que el intruso Gregorio ocupa la silla patriarcal, y apoyado por el prefecto Filagro ejerce las mas escandalosas violencias en la iglesia, despojando á sus ministros de las distribuciones que les pertenecian, aprisionando á unos, deponiendo á otros, y ensañándose contra todos con la mas inaudita crueldad? No por eso se desanima este defensor invicto del catolicismo. Una luz sobrenatural le habia hecho conocer todos estos acontecimientos un año ántes que se verificasen; habia anunciado á sus discípulos que la mesa del Señor se veria rodeada de animales inmundos, que con sus piés la hollarían y arrojarian por tierra cuanto ella contenia (1); así que, llegado que fué el tiempo en que esta triste prediccion se vió verificada, Antonio ya que no puede evitar en su totalidad tamañas desgracias, consuela á los buenos católicos con la esperanza de la paz, é influye tan poderosamente en el ánimo del emperador, que le hace escribir por sí mismo al usurpador Gregorio una carta llena de vehemencia, condenando sus demasías (2). ¿Llega á sus oídos que el duque Balacio, comisionado por Constan-

(1) *Receveur. Hist. ecclesiast. lib. 8, pag. 153.*

(2) *Año crist. Vida de S. Ant. Abad, pág. 274.*

cio para proteger á Gregorio, manda azotar cruelmente á las vírgenes y á los solitarios para satisfacer el encono y las torpes pasiones de su protegido? Pues á él mismo se dirige Antonio, y bien léjos de temer su animadversion, le escribe estas palabras: «Estoy viendo caer sobre ti la cólera de Dios. Deja de perseguir á los católicos, no sea que te sorprenda aquella, pues te amenaza muy de cerca (1).» En suma, ni un solo instante dió reposo á sus párpados Antonio mientras duraron las calamidades que afligian á la esposa de Jesucristo. Donde quiera se le vió pronto á vindicar sus sacrosantos dogmas; y ya con la pluma, ya de viva voz, ora por sí mismo, ora por medio de sus discípulos, trabajó constantemente en defensa de la verdadera fe. Testigos de esta verdad aquellos dos ilustres monjes que asistieron al concilio de Nicea, Pafnucio su discípulo, que en la persecucion de Maximiano perdió el ojo derecho por su constancia en confesar la religion de Jesucristo, y Crono su intérprete, que en aquella ilustre asamblea traducía al griego lo que Antonio decia en egipcio.

¿Qué mas podremos decir en elogio de nuestro héroe? ¿No es suficiente lo dicho para acabar de persuadirse de la justicia con que le propusimos como un varen amado de Dios y de los hombres, y digno de que su memoria se conserve con gloria en las presentes y venideras generaciones? Si grande y singularmente admirable se nos presenta como padre de la vida monástica, por la excelencia de sus virtudes y el heroísmo de su santidad, no lo es ménos mirado en el concepto de defensor y apologista de la religion católica, por el celo con que trabajó en servicio de la iglesia y de sus inviolables dogmas. Si en la soledad fué el terror de los demonios, á quienes venció en repetidos y porfiados combates, en el siglo fué el martillo de los herejes, á quienes confundió y redujo á la mas vergonzosa desesperacion. Si allí formó corazones en la virtud, y dió á luz con sus doctrinas y ejemplos millares de hijos, á quienes engendrará en Jesucristo y nutrirá con los consejos evangélicos, aquí vindicó estas mismas doctrinas de la maledicencia de hombres corrompidos y ambiciosos, é hizo brillar la verdad en medio de las tinieblas del error. Si allí, en suma, con su vida

(1) *Receveur. Hist. ecclesiast. loc. cit.*

ejemplar, con la oracion, austeridad y demas armas espirituales se hizo superior á todos los encantos de la seducion, y dominó las pasiones inmoderadas de la concupiscencia, que cual monstruos feroces intentaran devorarle, aquí esgrimiendo el acero de la divina palabra doméñó al monstruo del arrianismo, pacificó y suavizó las tormentas suscitadas contra la iglesia, y fué una de las mas firmes columnas que sostuvieron el ruinoso edificio de la fe en momentos en que parecia amenazar su inevitable disolucion. *Magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.*

Tal fué, señores, el ilustre Antonio Abad: he ahí el patriarca de la vida monástica, el modelo sobre que se han formado todos esos órdenes religiosos, honra y prez de la iglesia católica. Si estos por efecto de las revueltas y vicisitudes de las cosas humanas pudieron en algun tanto decaer de su fervor primitivo, no por eso dejaron de ser sumamente respetables. En su seno crecieron y se formaron los hombres mas eminentes en virtud; de su seno salieron los ingenios mas sublimes en toda clase de ciencias; de su seno en fin brotaron raudales de verdadera y solida ilustracion. Es pues una ingratitud la mas torpe y monstruosa el desconocer los inmensos y nunca bien ponderados servicios que los órdenes religiosos han prestado en todas épocas á la moral, á la literatura, á la religion, á la iglesia y á la sociedad; y aún mas detestable la impiedad de los que en su delirante frenesí, se atreven á mojar sus plumas ó sus lenguas en la hiel amarga de la sátira ó del desprecio contra los que los fundaron.

En cuanto á nosotros, oh ilustre y sin par Antonio, estamos muy léjos de participar de ideas tan monstruosas. Te reconocemos como el caudillo y patriarca de los monjes, y como á tal te veneramos por tu prodigiosa santidad, por el celo ardoroso con que trabajaste en defensa de la fe y de la iglesia, por los ejemplos admirables que diste al mundo, y por los apreciables servicios que han resultado de las instituciones que fundaste. Admite hoy benigno la expresion de nuestro sincero y cordial afecto; y pues fuiste, miéntras en la tierra moraste, tan amado de Dios y de los hombres, intercede por

nosotros ante el trono del Excelso, ahora que ya disfrutas de su compañía y participas de su inmensa gloria. Consíguenos del que tan terrible te hiciera á las potestades infernales, fortaleza para vencer las tentaciones con que estas pretendieren sorprender y cautivar nuestras almas. Alcánzanos fervor para ejercitar tus heróicas virtudes, celo para defender los intereses de la Iglesia y de la religion, y adhesion firme á sus preceptos y sacrosantos dogmas; para que mereciendo como tú ser amados de Dios en la tierra, podamos esperar disfrutar de su bienaventuranza en las eternas mansiones del cielo.